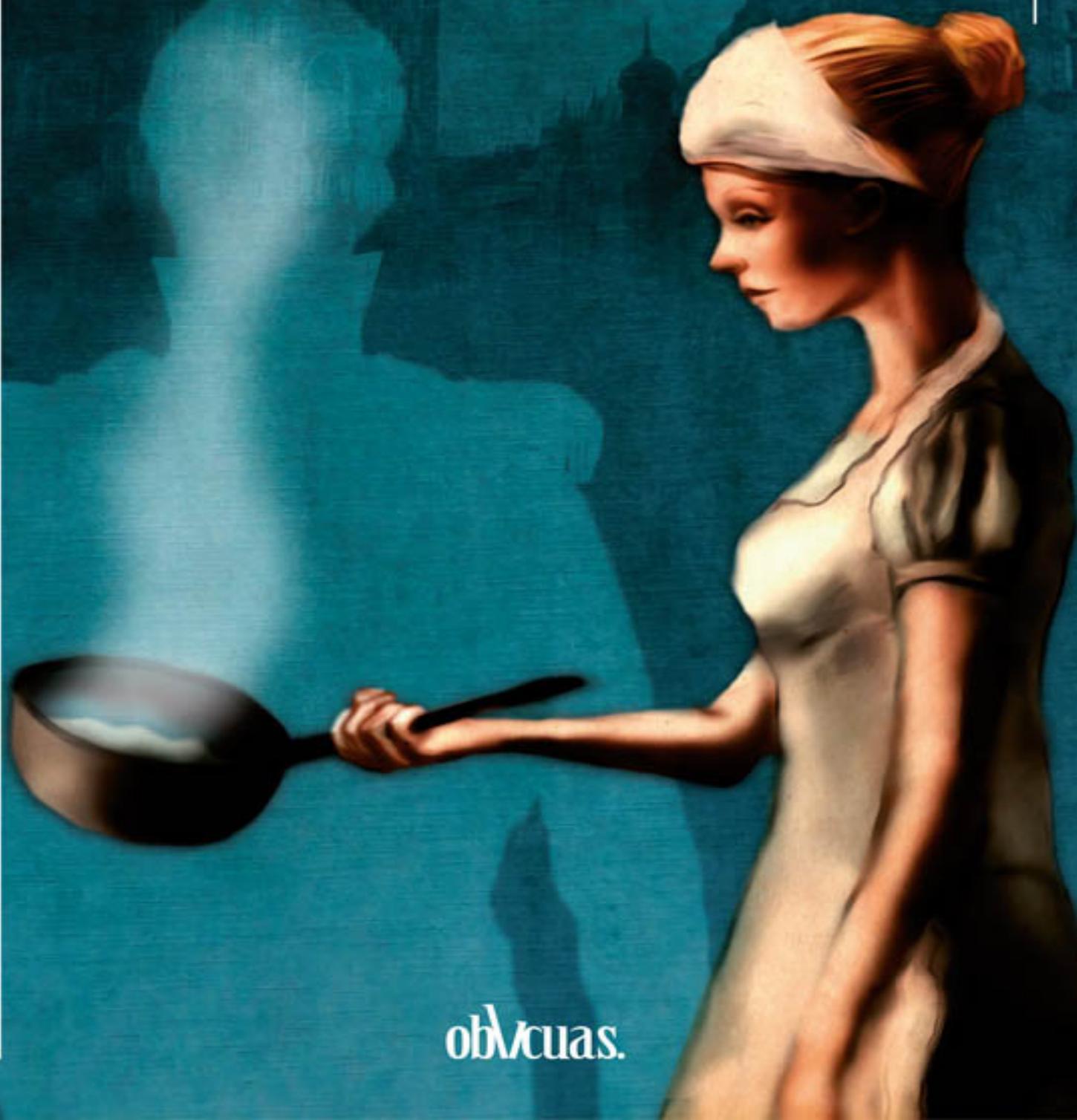


Con Dios me acuesto

Maribel Álvarez

ALEJANDRÍA NARRATIVA



obvitas.

Blonsi es la hija de los aparceros de un conde cuyas propiedades tienen a su cargo en un pequeño pueblo de Cracovia. Cuando comienza la adolescencia es enviada a la ciudad para aprender el oficio de cocinera, y, más tarde, a París, en donde se convierte en la protegida del aristócrata. En la capital francesa conocerá los adelantos de un tipo de sociedad a la que no está acostumbrada, y pronto comenzará a tramar proyectos personales que la conducirán a Barcelona, en pleno apogeo de la II República. Sin embargo, la idealizada figura del conde no cesará nunca de crecer en su corazón, y Blonsi se debatirá día tras día entre su nueva vida independiente y el anhelo fabulado de una historia de amor jamás llevada a la práctica.



Con Dios me acuesto

Maribel Álvarez

www.edicionesoblicuas.com

Con Dios me acuesto

© 2021, Maribel Álvarez
© 2021, Ediciones Oblicuas
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys n^o 3, 3^o 2^a
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-18397-74-5

ISBN edición papel: 978-84-18397-73-8

Edición: 2022

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[La autora](#)

*¿Podría ocurrir que ofendiera una dedicatoria de un libro?
Me da miedo. Renuncio.*

Capítulo 1

Blonsi dibujaba con un palo sobre el suelo polvoriento a la entrada de su casa.

Ahora lo borraba arrastrando los pies porque el caballo le había salido muy mal. Recordaba perfectamente la primera vez que vio al conde. Ella y sus padres, sentados en el porche de su casa y vestidos como para ir a la iglesia, miraban a lo lejos sin arrancar la vista del punto por donde debía aparecer el caballero a caballo. Ninguno de los tres se movía ni siquiera para respirar. Su madre le había hablado tanto de él que Blonsislawa lo habría reconocido en cualquier página de cualquier cuento. Así, debía encontrarse con un hombre gentil y bello, de ojos azules grandes y brillantes. Como complemento armónico, su melena rubia muy hermosa y larga, muy larga, le había explicado con pasión su madre. «¿Lleva espada?», le había preguntado Blonsi.

Marika, la madre de Blonsi, oyó antes que nadie el trotar de su caballo. «Es él», le dijo a su hija mientras apretaba su mano. Trotó hasta casi tocarles los pies, que encogieron asustadas mientras Anatol le sonreía.

Desmontó y en pie quedó un gigante. Eso vio Blonsi. El cabello trenzado lo llevaba recogido bajo el sombrero de montería. Asomaba por debajo del ala un lazo verde; el rostro, sudoroso y lleno de polvo. Antes de dirigirse a ellos

sacó un pañuelo rojo del bolsillo de su casaca y se lo limpió. Entonces sonrió a la familia que lo aguardaba. Ella sintió miedo y se agarró a la falda de su madre. Medio escondida levantó poco a poco la cabeza y se quedó extasiada. Nunca hubiera imaginado unos ojos como aquellos. Chisporroteaban haces de luz como los de la hoguera de asar las castañas. Ocupaban mucho espacio entre los huesos prominentes de su cara. En algún momento de su vida, su padre le aclararía que esos pómulos salientes y anchos correspondían a la raza tártara de la cual el conde y ellos mismos también descendían en parte.

El conde saludó a sus padres y la miró. Ella entonces bajó la cabeza y se apretó más contra su madre. Un respingo como si fuese a estornudar agitó su pequeño cuerpo. Podría dejarla encantada para siempre si aquella mirada se le clavara en el corazón; entonces, el conde la cogió con suavidad por la barbilla y le levantó la cara.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó.

—Sí, sí, señor —contestó Blonsi. Pareció caerle en gracia la franqueza de la niña, sonrió, y sus ojos brillaron tanto que Blonsi sintió que ya se había quedado irremisiblemente hechizada.

Era la primera vez que permitían su presencia en la visita del conde.

—Blonsi.

—Dígame, padre —contestó en el acto Blonsi, que se obligó a salir precipitadamente de su mundo. Mordía y chupaba una brizna de hierba que acababa de arrancar.

Por suerte, no la había llamado Bronsislawa. Su padre acudía a esa apelación al nombre de una de sus bisabuelas únicamente en situaciones muy graves, así que se sintió aliviada. Para cualquier cosa normal era Blonsi o, más serio, Blonsislawa, sin esa erre que volvía tan duro su apellido.

—Mañana enviarán aquí a un criado del señor conde para comunicarnos el día que debes estar preparada para irte a Cracovia; incluso puede que él mismo venga si sus obligaciones se lo permiten.

—Para qué, padre, dígamelo otra vez.

—Como sabes desde hace tiempo, para llevarte a Cracovia.

—¡Ah!

Blonsislawa miró a su padre. Sus ojos aumentaron de tamaño, pero no dijo nada. Desde que en aquella tarde lejana el conde les explicara cómo pensaba resolver su futuro, había pasado mucho tiempo en el que no se había vuelto a mencionar su marcha a Cracovia, y Blonsi casi lo había olvidado, pero la noticia que acababan de darle condujo a su memoria con claridad a aquel día. El conde hablaba de ella, pero no la miraba. Se dirigía a sus padres, a su madre especialmente, que era la responsable del bienestar de la familia. Movía las manos con gestos como los del cura cuando hablaba a las gentes del pueblo. No eran manos como las de su padre, que le raspaban la piel de las mejillas cuando la acariciaba. En esas reflexiones se entretenía mientras sus padres se encargaban de recibir todo lo que les explicaba, que luego le transmitirían a ella, y que ella pronto pasaría a la parte olvidadiza de su cabeza.

Pero se dio cuenta de que aquel momento no era como otros y encerraba una verdad que ella no había tomado en cuenta nunca: saldría de su casa por primera vez.

Sus padres, Marika y Anatol, se retiraron a su dormitorio. La dejaron sola. A su hija le correspondía ahora pensar y crearse un conformismo que la ayudara a llevar hacia adelante su vida tal como le habían propuesto. Pronto se daría cuenta de que aquella planificación consistía en un mapa de su porvenir y que debía ajustarse a él sin tomar ningún desvío o atajo. Ellos ya habían conversado sobre la situación con ayuda del conde y se sentían satisfechos y tranquilos. El porvenir de su única hija había quedado en

las mejores manos y bajo la mejor vigilancia. El futuro que se le presentaba no podía mejorarse por mucho que la ilusión creara paraísos para su única y querida hija. El conde la protegería, les había asegurado siempre.

La lumbre mantenía algún rescoldo. Blonsi movió la tetera y comprobó que aún quedaba un resto. Sacó su libreta del atado de gomas para refrescar en su memoria el mapa del colegio en el que aparecía toda Polonia en busca de Cracovia: ciudades, ríos, montañas, pueblos... en colores que la embobaban. Le entusiasmaba llevar su dedo índice a un río y seguir su curso, buscar el mágico Tatra, seguir el rastro de sus cumbres nevadas, calcular dónde podría estar su casa sobre el espacio incierto que ocupaba Moratín.

El castillo del conde sí aparecía dibujado y destacado sobre una colina. Recordó que Cracovia quedaba muy lejos, casi saliéndose del cuadro. Muchos niños se ponían de puntillas para alcanzarla. Cómo iba a ir ella a aquel infinito del que no podría regresar. Cracovia era cosa de personas muy mayores, de cuarenta años al menos, que viajaban por negocios, pero ella ¿con qué propósito necesitaba ir tan lejos para aprender a cocinar si a su madre la consideraban la mejor cocinera de Moratín y tal vez del mundo?

Al día siguiente Blonsi se despertó pensando que en la próxima visita el conde le traería buenas noticias. No necesitaba llevarla a Cracovia y se podía quedar con sus padres unos años más, y tal vez para entonces se habría casado o comprometido. Había habido un error y volvería para rectificarlo. Mientras, se afanaría en ayudar a su madre para acabar de aprender a manejarse con todos sus guisos sin necesidad de ir a Cracovia.

Esperaban por si el conde los visitaba.

—Hija, lávate la cara y ponte un vestido limpio por si viene el conde, que, aunque no nos lo aseguró, ya es la hora a la que suele llegar.

Blonsi obedeció y escogió el más bonito. Lo había estrenado hacía poco tiempo para una boda en el pueblo.

Consiguió domar un poco su cabello y lo adornó con una cinta verde brillante.

Al cabo de un buen rato apareció la nube de polvo dentro de la cual emergió la silueta de un jinete.

Blonsi ya se iba acostumbrando a sus apariciones y, como ella no necesitaba expresar nada porque la consideraban una niña, pasaba todo el rato observando cada detalle del conde. Luego, por la noche en su habitación, lo imitaba: bajaba el tono de voz, arrugaba un poco la frente con un gesto de severidad o advertencia, se apartaba algún cabello de la cara, incluso imitaba su forma de caminar.

No siempre les anunciaban sus visitas y algunas veces se presentaba de improviso. En ellas despachaba un rato a solas con su padre, siempre por alguna cuestión de la finca que le urgiera resolver. De las grandes posesiones del conde Zaic, Anatol controlaba todo lo relacionado con los campos de cultivo: planeaba las recogidas y las siembras con tiento y sabiduría para aprovechar al máximo la estación; la conservación de las cosechas, la distribución del trabajo de los campesinos en las diferentes temporadas, el sistémico tratamiento de las plagas; el control de los animales salvajes que arrasaban los sembrados... Disponía de todo lo necesario con tal de que sirviera a las necesidades del conde. Su paga cada seis meses era generosa, el alimento, gratis, y disponían de una casa sólida con tres cuartos, un par de vacas y varias gallinas. Después de despachar con su padre, le quedaba pendiente visitar a su administrador para cuadrar las cuentas.

Pero antes, siempre se producía la misma situación. En un momento dado su padre decía:

—Vamos, Blonsi, recojamos un cesto de frutas y verduras para el señor conde.

Cuando regresaban, casi siempre lo encontraban tomando una taza de té en la cocina, acompañado de su madre. Luego él se iba y volvía al cabo de unos meses, o cuando le parecía.

En una ocasión en la que padeció una grave enfermedad los mandó a buscar en el coche de caballos. Fueron los tres, pero en la habitación solo entró la madre. Salió alterada, con el rostro enrojecido y a punto de llorar.

—Me quedo, Anatol —le dijo a su marido.

—¿Se va a morir? —preguntó él.

—Eso creo. No te preocupes, ya regresaré.

No supieron nada de él ni de la madre durante meses.

No murió.

Al fin, una tarde en la que Anatol y Blonsi merendaban sentados en el porche de la casa su buen trozo de pan con tocino, la vieron aparecer allá a lo lejos, cargada de bártulos, lo que no le impedía caminar erguida, ligera y sonriente.

Su padre nunca investigó cómo había superado la enfermedad el conde. De qué había padecido. Cómo se encontraba en aquel momento. Solo le preguntó: «¿Debes regresar?». Ella contestó que únicamente debía permanecer en guardia por lo que pudiese ocurrir. Y no ocurrió nada. Sin embargo, Marika guardaba una gran preocupación por su salud que no quería compartir con nadie.

Cuando llegó el día de su visita, anunciada con antelación por un criado, los tres, arreglados y limpios, volvieron a sentarse fuera esperando por él. Y apareció. Más flaco, mucho más, con los ojos más grandes y la sonrisa seca. Esta vez les dijo que tardaría en regresar, que se sometería a un tratamiento especial en el balneario de Bohemia y que de allí se iría a París, donde pasaría un tiempo en casa de su hermana hasta que su cuerpo hubiera recuperado la energía.

Mientras tanto, Anatol se ocuparía de todo. Ya había ocurrido en varias ocasiones que se ausentaba durante un largo tiempo. Entonces, simplemente recibían un mensaje suyo en el que se les comunicaba que cuidaran, como ellos sabían, de sus campos y de su castillo con extensión a ellos

mismos. Que a su debido tiempo recibirían noticias. Mientras duraban esas ausencias Anatol actuaba con más rigor y responsabilidad si ello era posible. Llevaba años acostumbrado a su forma de vida.

Otra vez Blonsi y su padre recogieron lo más sabroso de la huerta y de los frutales para el conde, quien aseguró, al darles las gracias, que lo echaría mucho de menos en París. Se despidió de los tres y Blonsi apreció que el azul de sus ojos había perdido sus destellos.

Pasaron muchos meses sin noticias de él. Un día le dijo a su madre: «El conde se ha muerto, ¿verdad, madre?», lo que produjo en Marika un ahogo que no logró quitarse hasta después de mucho tiempo. Marika sufría pensando que tal vez habría recaído de su enfermedad y que no regresaría nunca. Pero no, muerto no, ella lo habría sabido.

Hasta que un día les envió un recado a través de una sirvienta advirtiéndoles de su visita. Marika sacó a ventilar del baúl su traje de fiesta y compró viandas especiales. Una semana antes de la visita preparó parte de una comida succulenta, según la calificaba el conde. Llegado el día que ella creía indicado, encendió el horno de leña y asó la liebre que llevaba en escabeche varios días; luego, en la misma olla de hierro, la dejó descansando en la alacena un par de días más para que adquiriera esa textura que enardecía al conde. También había preparado una sopa de remolacha.

Endomingados como siempre que esperaban su visita, Anatol comentaba el adelanto de la flor de los frutales debido a que el invierno había sido tan benigno. Cuando miró a Marika en espera de su aprobación, se dio cuenta de que estaba completamente abstraída; sin embargo, asentía con un gesto de cabeza automático mientras mantenía su mirada en el horizonte. La niña contaba con apenas un hilo de voz las flores lila de la falda de su vestido lleno de colores.

Apareció la polvareda, síntoma de que el conde emergería al cabo de segundos. Pero en aquella ocasión no

ocurrió lo acostumbrado; un zumbido extraño y potente precedía su presencia. Tampoco se oían los cascos del caballo.

Extrañados, se pusieron en pie automáticamente. Se cogieron de la mano y entonces apareció. ¡Era un automóvil! ¡El señor conde venía en un automóvil!

—¡Como el del dibujo de la tienda del señor Nicolai! — gritó Blonsi alborotada y en pleno desconcierto.

Se asustaron por la velocidad con la que entraba en el recinto vallado de la casa y se echaron para atrás.

El conde se apeó del coche, les pidió disculpas por la broma de su llegada y les preguntó si deseaban verlo y si les gustaría dar un paseo. Marika lo agradeció, pero desestimó la invitación y esperó en la cocina. «Qué loco, pero qué loco era aquel amo al que tanto estimaban», se quedó reflexionando mientras los esperaba. A veces lo percibía como a su niño grande, otras veía al hombre más guapo del mundo.

Aceptaron el paseo su marido y la niña, aunque con cierto recelo, pero no podían decepcionarlo. Al cabo de pocos minutos regresaron: Blonsi, mareada; su padre, pálido e intentando disimular su nerviosismo. Su cara reflejaba el pánico de quien ha visto el monstruo de las cumbres del Tatra. Entró con urgencia en su dormitorio para echarse agua helada por la cara y las manos hasta que las facciones se le colocaran en su sitio y su corazón restableciera su ritmo.

El conde entró en la casa. Apartó la cortina que cubría la entrada y empezó a husmear con el resoplido de un perro de caza. El olor que la invadía le provocó una cadena de gritos de entusiasmo y, a modo de cumplido a Marika, le preguntó:

—¿No vas a ofrecerme un plato de ese guiso que, con solo percibirlo mi nariz, ya me altero y enloquezco?

Todos rieron y en un segundo Marika lo dejó dispuesto. Sus alabanzas la ponían un poco nerviosa y se quejaba con

complacencia de los excesos al calificar su comida.

Habían comprobado que su salud era inmejorable; la expresión y el color de sus ojos, el brillo de su piel, el tono y la forma contundente de pronunciar las palabras... todo denotaba su completa recuperación. Incluso Blonsi apreció que su cabellera había recuperado el brillo y el volumen, y no comprendía que hubiera renacido con tanto vigor a la vez que el chisporroteo de sus ojos.

La comida fue un festín de sabores y buen humor. Después de terminar, y tomado ya el aguardiente, el conde se dirigió a los dos a la vez, cosa que no había ocurrido nunca. Les dijo que debían hablar de la niña.

Blonsi, sentada en una silla baja aparte de ellos y con su gato Aspi en el regazo, sintió que su corazón se agitaba. Empezó:

—Bueno, ahora sí que vamos a organizar seriamente el viaje a Cracovia. Lo siento, se ha retrasado por mi enfermedad, disculpad, y bueno, no es grave ni muy tarde para empezar, porque ¿cuántos años cumplió el mes pasado? Ah, sí, ¿catorce? Sí, sí, recién cumplidos, lo sé. Un poco mayor para empezar un aprendizaje, pero sé que es lista y compensará la temporada perdida por mi culpa, pero bueno, hay tiempo para todo y ha podido disfrutar de sus padres, así que, ahora, a lo que vamos. De todas formas —añadió—, la preparación para irse llevará unos meses que aprovecharéis para ir adaptándoos a la idea. —Se quedó pensativo un momento, dejó de hablar y miró hacia donde se encontraba Blonsi—. No sabía que ya no eras una niña. No sé qué ha pasado —dijo dirigiéndose a ella mientras le sonreía.

A Blonsi la sangre se le apelotonó en la cara. Era tanta que creyó que explotaría al momento. Hundió la barbilla en el pecho, pero el conde ya no la miraba. Pasó mucho miedo pensando en que se hubiera fijado en sus pechos. Le habían crecido. Ella creía que mucho, a pesar de que su madre le

decía que apenas se le notaban, pero sentía mucha vergüenza al notar la tirantez de su vestido en esa parte.

Él volvió a la conversación con sus padres. Carraspeó antes con fuerza y respiró:

—Mi buen amigo Adalberto es un maestro culinario. Aunque ahora ha reducido mucho su actividad y solo abre el restaurante por encargo, mantiene un grupo pequeño de personas importantes que comen con él diariamente en un pequeño comedor anexo a la cocina. Es el mejor cocinero de Polonia, y allí se formaron excelentes profesionales que luego se fueron mundo adelante exhibiendo sus especialidades. Está dispuesto a enseñarle a Blonsi todo lo que sabe. Empezará a trabajar como ayudante desde lo más básico, hasta que nos diga que se desenvuelve con mucha soltura y que no necesita más aprendizaje, pero no durará menos de dos años. Pasará luego a prepararse a conciencia como cocinera especializada en el arte de la presentación, aliños especiales, repostería... Pero ahí no se acaba este oficio, me advirtió Adalberto; añadió que la práctica que luego necesitaría para desempeñar sola la responsabilidad absoluta de una cocina profesional llevaría también su tiempo. Incluso me prometió que le enseñaría qué vinos usar para acompañar determinadas comidas, no muy a fondo, pero sí lo suficiente como para demostrar que está educada de manera completa y exquisita.

Aquí el conde se paró un momento. Los padres no aprovecharon la pausa para preguntarle porque sabían que debían darle tiempo a que terminase de exponerles la situación, así que esperaron a que decidiera seguir. Reposó unos minutos, tomó una copa de licor y continuó:

—La niña se alojará en casa de Adalberto y su familia, que la cuidarán con todo esmero. Os la traeré a menudo, cada vez que pueda, o se lo encargaré al mismo Adalberto, no os preocupéis. Mi intención, si os gusta la idea y aceptáis mi propuesta, es enviarla a París a casa de mi hermana para que trabaje como cocinera para ella y los

suyos, pero de eso hablaremos más adelante. Quiero darle una vida segura. Las cosas aquí están... mal, a pesar de haberse reinstaurado la república. Ya sabéis la tentación de los países de Europa siempre al acecho para invadirnos. El recuerdo que nos dejaron rusos, austriacos, alemanes... No quiero alarmaros, os protegeré de la misma forma que cuando la Gran Guerra. Nosotros debemos permanecer atentos y prevenidos por lo que pueda sobrevenir, y a aquellos para quienes exista un futuro, debemos facilitárselo.

Blonsi lo había oído todo desde el principio, pero había colocado filtros de aislamiento. No quería seguir escuchando hablar sobre su vida futura y, como tantas veces, huyó hacia el refugio seguro del Tatra, el pico más alto de la cordillera, para que no la alcanzaran las dudas ni las preguntas.

El conde no le consultó ni le pidió su opinión. Pero le quiso hacer una confidencia a la medida de su edad para ganarse al menos una sonrisa, y le contó que su coche se llamaba Tatra. Blonsi, entonces, cambió de expresión y su cara se iluminó. Le preguntó:

—¿Tatra como el pico de los Cár...?

—Sí, Blonsi —le respondió divertido por la expresión de incredulidad de la niña.

Ella no se atrevió a preguntarle si los coches eran como personas y por eso llevaban nombre.

Capítulo 2

Blonsi se quedó sin saber qué opinaban sus padres sobre la propuesta de su marcha a Cracovia. Pero era así como los padres o los mayores disponían de las vidas de los jóvenes.

Conocía la realidad de convertirse en una chica mayor en el pueblo donde vivían. A su edad, y mucho antes, las niñas ya trabajaban en el campo y habían abandonado la escuela. Esperaban poder casarse pronto y trabajar para otro hombre que no fuera su padre o sus hermanos, que les calentara la cama y les diera hijos. Y Dios proveería, decían las católicas, también las ortodoxas, y se preguntó si las judías invocarían lo mismo.

Blonsi decidió investigar sus ropas por si el día de marcharse llegaba de verdad. En el fondo ya se había hecho a la idea de que sí. Sacó de una caja una falda larga de paño negro y un corpiño de colores. Lo había estrenado en las fiestas del último verano y podía llevárselo a Cracovia. Le pareció a simple vista pequeño, y decidió probárselo. Se desnudó. No había espejos en su casa, solo los cristales de las ventanas los sustituían, ofreciendo una imagen neblinosa. Entonces se dio cuenta de que nunca había contemplado su cuerpo entero desnudo.

Se acordó de que guardaba un pequeño espejo, al que incluso le faltaba una esquina, en algún lugar de su cómoda. Enseguida lo encontró. Le echó aliento y lo

restregó contra la colcha. Reflejaba una imagen diáfana. Respiró hondamente y decidió explorarse, pero los segmentos que podía apreciar eran tan pequeños que no le resultó interesante, así que decidió enfocarlo a la parte misteriosa de su cuerpo. Durante un tiempo solo había conocido su vello púbico al tacto y de forma casual e indeseada. Tal descubrimiento la trastornó y evitaba vérselo incluso durante su higiene. Le aterrizzaba su crecimiento y temía que pudiera invadir todo su cuerpo como el de la mujer barbuda de la feria del pueblo, hasta que su amiga Alenka la tranquilizó diciéndole: «Tonta, si solo será un triangulito del color de tus cejas». Comprobó que era cierto.

Siguió con la investigación. Nerviosa y en un estado de miedo y curiosidad que le provocaba accesos de picor en la garganta, se atrevió a separar el vello y a hurgar en su interior. Descubrió un tacto resbaladizo y húmedo a la vez que caliente. Sus dedos se deslizaron por la superficie sedosa. Un estremecimiento inesperado la asustó. No se atrevió a adentrarse más porque le pareció que aquella cueva era mucho más profunda de lo que aparentaba y le entró terror de atravesarla toda y llegar a un final que la apresara, del que no pudiera retroceder y tuviera que pedirle ayuda a su madre.

Tiró el espejo sobre la cama. Se apartó de él murmurando: «Con Dios me acuesto». Excitada por la sorpresa y confusa por haber tocado por primera vez su interior, cogió una esponja áspera y se frotó hasta notar escozor. Siguió hasta llegar al dolor. No dejaba de recitar «Con Dios me acuesto» por puro nerviosismo, sin darse cuenta del momento en el que lo estaba invocando. Se quedó con la respiración entrecortada; se mordió los labios, se chupó los dedos...

Desorientada y convulsa, encontró refugio al abrazarse a sus pechos, esa parte familiar de su cuerpo que, aunque un poco misteriosa también, no la había amedrentado con su

desarrollo de la manera que ahora le ocurría con su cueva misteriosa. Cerró los ojos. Sí, sus pechos le parecían hermosos..., por esa forma hecha para caberle en su propia mano, por ese botoncillo con el que le gustaba jugar y por ese tacto y esa temperatura diferente al de otras partes de su cuerpo. Mojó un dedo en saliva y se acarició un botón. La conmoción la transformación instantánea; el botón se contrajo, se arrugó y endureció y a la vez se abultó más. Era la primera vez que sus pechos se encabritaban, ¿qué le estaba sucediendo? Otro susto, y ya eran demasiadas sorpresas. ¿Cómo le podía estar ocurriendo aquello mientras no dejaba de murmurar «Con Dios me acuesto»? ¿Es que los santos la habían abandonado? ¿La habría embrujado el espejo? Embrujado, embrujado...

Se vistió rápidamente. Envolvió el espejo en un trapo viejo y lo guardó en el bolsillo del delantal. En cuanto pudiera, lo trituraría con un martillo de hierro herrumbroso y luego lo echaría a una hoguera, donde acabaría crepitando entre las llamas llevándose consigo todos los demonios para siempre. Pero debía hacerlo en viernes y a las doce de la noche. Buscaría un sitio para guardarlo mientras tanto. Lo untaría con sal para neutralizar su poder. Salió de prisa de su habitación y, sin querer, tropezó con su madre.

—¿Qué te pasa, hija, dónde vas tan de prisa?, ¿no estás contenta con la propuesta del señor conde?

—Y usted, madre, ¿está contenta?

—¿Qué quieres decir, Blonsislawa?

—No lo sé, madre, perdóneme usted. No sé por qué le he dicho eso, perdóneme.

—Pero, Blonsi...

—De verdad que no me ocurre nada, madre...

Salió a la huerta. Se sentó al sol de la tarde en un tronco de árbol que su padre casi había logrado transformar en un banco sin moverlo de su lecho. Cerró los ojos. Notó que le latían dos corazones. Uno martirizado por la pena y el

miedo, el otro esperanzado, lleno de ganas de vivir, de aprender, de convertirse en mujer sin el adoctrinamiento que imponían todos los padres de Moratín, la escuela, la iglesia..., y si le daban ganas de llorar por las noches, conectaría su corazón de mujer para que le impidiera comportarse como una niña. Iba a aprender, lo deseaba fervientemente. Se acercaba el momento en el que sería una mujer. Pronto, muy pronto.

Cracovia era una gran ciudad, le habían asegurado, y en ella la vida era como beberse un vaso de licor de cerezas con mucho azúcar y luego bailar con el chico más guapo de la fiesta. No iba a marearse.

Cuando regresara para visitar a sus padres y asistir a las celebraciones de Nuestra Señora, habría pasado tal vez un año entero y eso sería tantísimo tiempo que le entró pánico de pensar que no reconocería su lugar, el de su nacimiento, el de su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió esa pena que solo aparecía cuando la tristeza penetraba en su cuerpo por el lado flojo.

Lanzó su vista a lo lejos. Su mirada tropezó con el gran edificio que había sido y era sustento de todo Moratín desde muchos años atrás. Se trataba de un penal dedicado exclusivamente a internar a los militares que no cumplían con los deberes estrictos a los que los sometían. No obstante, había una parte positiva; se había convertido en el sustento de Moratín, provincia de Galitzia, la tierra de toda su gente. Llegaron incluso a sentirse importantes por albergar el único fortín de toda Polonia. Los campesinos vendían sus cosechas al centro, las costureras remendaban los uniformes, los zapateros recomponían las botas, los albañiles revocaban las paredes del viejo edificio. Además de eso, sus habitantes habían conseguido asegurarse el suministro de pan y agua para todo el año.

Y de los hombres allí internados, Blonsi no oía hablar nunca.

Al lado, en una casona antigua y con un ala derrumbada, habían instalado la única escuela del pueblo a la que Blonsislawa había asistido. En ese tiempo había llegado al máximo de ilustración al que podía acceder. Por recomendación del conde había prolongado su asistencia un año más; para reforzar los conocimientos adquiridos, les había argumentado el conde a sus padres al insistirles en que alargaran el tiempo de la escuela.

La maestra la consideraba lista, fuerte, con carácter. Su físico la acompañaba, era una eslava con genes tártaros que reforzaban su estructura poderosa. Como añadido, su nombre: Blonsislawa, princesa de los Cárpatos. Como contraste, el gris claro y transparente de sus ojos.

Le correspondía profesar la religión ortodoxa por haber nacido mujer. Tradicionalmente, las hijas heredaban la religión de la madre y los varones la del padre y, aunque existían sospechas fundadas de su ascendencia judía, no les causaba ninguna inquietud religiosa pertenecer al pequeño grupo de practicantes del rito ortodoxo que se reunían en una minúscula capilla a la salida del pueblo. Sus padres consideraban que, con seguir una religión cristiana, igual daba una que otra. Ellos eran cristianos porque una bisabuela de Blonsi, griega, había influido en varias generaciones y de esa forma respetaban su memoria. No había cisma entre ellos. Hasta que, siendo aún pequeña, el señor conde les aseguró que la única religión válida era la católica y que la iglesia ayudaba muchísimo al poder político. Había habilitado en el castillo una capilla privada para que pudieran asistir las gentes del pueblo, e invitaba a los vecinos a participar de la ceremonia de la misa todos los domingos. La niña tomó como un juego aprender las canciones de la ceremonia en latín y las cantaba a todas horas, a pesar de que su madre la advertía de lo inoportuno que era cantarlas mientras jugaba en el patio o daba de comer a las gallinas.

Sus padres cambiaron inmediatamente de ritos y de iglesia, pero igualmente había un Dios, que era el mismísimo Jesucristo y la Santísima Trinidad, que lo amparaba todo, así que, sin fijarse demasiado en los argumentos, se amoldaron sin problemas. Por otra parte, no se había puesto en duda en ningún momento que su patrona seguía siendo la misma Virgen, la querida Nuestra Señora de Czestochowa, a la que toda la población veneraba.

Blonsi, aún sentada en el tronco banco, mordió una brizna de hierba que sabía a anís. Mientras la saboreaba y le daba vueltas en la boca para impregnarse de su aroma, contemplaba el paisaje de siempre y en su cabeza se instaló una fecha: el 28 de julio de 1914, cuando les anunciaron que acababa de estallar la guerra en Europa.

Polonia tembló.

Volvió a sí la imagen de aquel momento: mientras escuchaban la temible noticia, una oscuridad repentina los había obligado a mirar al cielo. Una mancha negrísima acababa de cerrar un círculo sobre sus cabezas. Sobrecogidos, miraban hacia arriba con el temor de haber pecado y de que un terrible castigo descendiera sobre ellos. Se oía un ligero murmullo de evocación a Nuestra Señora de Czestochowa, pero nada más.

El corrillo de gente se empezó a abrir en silencio y cada uno se dirigió a su casa. El caminar apresurado levantaba una atmósfera polvorienta que ahogaba. El roce de arrastrar los pies recordaba el paso de prisioneros encadenados subiendo la cuesta del penal. Algún niño lloraba porque su madre le apretaba la mano hasta hacerle daño y lo obligaba a correr.

Ella aún retenía la sensación de enmudecimiento y ahogo de la gente allí congregada. Respiraban con la boca abierta y por esa imagen recordó un cuadro que había visto en un rincón de la sacristía de la iglesia y que la había sobrecogido de miedo. Representaba el infierno donde los

hombres malos ardían mientras sus bocas eran enormes cuevas negras de las que salían llamaradas. Cuando sus padres entraron en la casa, cada uno eligió un rincón para llorar.

Con el paso del tiempo Blonsi fue aprendiendo a enlazar palabras, a unir frases que despertaban terrores en las personas mayores, a relacionar el llanto de los vecinos con noticias que llegaban de algún lugar lejano. En Moratín, y en todo el territorio que alcanzaban sus propiedades, el conde los había resguardado gracias a su influencia ante los poderes políticos. Mientras él siguiera protegiéndolos, estuviera presente o no, todo transcurriría de forma relativamente tranquila. Él necesitaba la mano de obra de los jóvenes del pueblo tanto como los necesitaba el ejército, pero el conde les había advertido, cuando quisieron marcharse en desbandada unos cuantos muchachos al primer cañonazo, que tan solo los insensatos desperdiciarían la oportunidad que él les ofrecía. Sobre todo, hasta saber con certeza las intenciones y estrategias del comandante Pilsudski, quien aseguraba que derrotarían a las potencias que los ocupaban hacía cientos de años, que Rusia y el Imperio austrohúngaro nunca más tendrían el poder del dominio sobre Polonia. Desde hacía años tenía como único objetivo conseguir la independencia de Polonia.

Anatol, el padre de Blonsi, le decía a su mujer: «Marika, en las guerras solo existe el presente, el presente del último minuto, así que de nada sirve preparar planes ni aventurar conjeturas. Nuestro dios es el señor conde. Mientras que él mantenga su influencia podemos quedarnos tranquilos. Confíemos en él».

Todos los que pudieron se acogieron a su oferta de continuar con su trabajo en la finca mientras no fueran movilizados. Los días mudos, como llamaban a aquellos en los que no llegaba el sonido de la guerra, transcurrían en un estado de paz exagerado. Se oían risas sueltas, mujeres que cantaban y hombres que llegaban de su trabajo en el

campo con alguna pieza de caza para celebrar que la guerra los había olvidado por unos días, por unas horas.

A algún inconformista que vociferaba contra el conde, Marika le recordaba el momento terrible del paso de las tropas austriacas que habían decidido invadir Rusia a través de Galitzia, y que gracias al conde ellos habían quedado a salvo de incorporarse al ejército austriaco para luchar contra los rusos.

Los rusos habían decidido entrar en Austria por Lemberg, la capital de la Galitzia ocupada, así que a los austriacos no les quedó más remedio que replegarse para defender Lemberg. Aquel acontecimiento tuvo lugar, recordaba Marika, entre mediados de agosto y mediados de septiembre de 1914 y, aunque duró muy poco tiempo, las idas y venidas del ejército austriaco por sus tierras, aunque fuera en retirada, había sido una ofensa insoportable. Muchos polacos refrescaron en su memoria las pasadas lecciones de terror y no dudaron en quedarse bajo la protección del conde.

Sin embargo, el ardor de la guerra prendió en un buen grupo de muchachos. Ahora eran los alemanes los que querían adueñarse de la parte polaca que habían ocupado los rusos y que todavía se mantenía en algunas regiones. Hinchidos de un orgullo que había brotado espontáneamente y que los había desbordado, decidieron formar parte de las Legiones Polacas organizadas por Józef Pilsudski. Nunca habían experimentado aquellas sensaciones que les atenazaba las tripas y que a la vez les provocaba lágrimas irreprimibles. ¿Qué significaba, qué quería decir? Les dijeron que era el efecto de sentir el compromiso con la patria. Polonia seguía siendo Polonia, la tierra que pisaban era polaca y ellos eran auténticos polacos, pese a las invasiones y conquistas, rupturas y arbitrariedades políticas y militares. Con ese argumento y el de que se negaban a seguir bajo el poder de los tres imperios, miles de muchachos se fueron a los diferentes

frentes polacos. Por otro lado, aquella aventura les pareció lo más romántico, emocionante y bellissimo que podía experimentar un ser humano.

Muchos de aquellos jóvenes no habían salido jamás de su pueblo y, a pesar de que habían escuchado y comprendido al señor conde decirles que reservaran su heroicidad para el momento en el que fuera necesario unirse a las tropas polacas, la fuerza de su juventud y su rabia los había dirigido hacia donde se encontraban los frentes. En esa ocasión, el conde dejó libres a los jóvenes sin rechistar.

Cada día la situación cambiaba. El mapa de Europa se modificaba y el peso de la guerra se notaba en cada palabra, en cada opinión, en cada gesto. El mismo conde desaparecía y volvía a aparecer sin comunicarse con el pueblo. En aquellas circunstancias jamás visitó la casa de Blonsi, pero, a pesar de esa situación inquietante, se sentían protegidos. Las labores del castillo se seguían manteniendo y nadie osaba formular preguntas. Allí no ocurría nada.

Al cabo de un tiempo empezó un goteo que duraría hasta el final de la guerra. Cuando en la plaza del pueblo se paraba un oficial, tocaba el silbato y se disponía a leer el nombre de los vecinos que figuraban en la lista, los que tenían hijos, padres, maridos o hermanos en el frente temblaban, o huían despavoridos, o se refugiaban dentro de sus casas cerrando los portones. Se negaban a escuchar. Pero sabían que el paquete que sacaría del zurrón de cuero el oficial era el regreso de un uniforme de soldado con la foto de boda de sus padres y tal vez una carta a medio terminar. A alguno lo darían por desaparecido. Otros volverían con heridas incurables.

Llevaban más de tres interminables años soportándolo, pero se empezaron a extender noticias que fueron confirmándose con el paso de los días y por los acontecimientos que se desarrollaban en el pueblo. Familias atacadas por un miedo atroz y que habían

abandonado sus casas con los enseres y una cierta sensación de vergüenza habían empezado a regresar ante la alegría y el asombro de todos, que se preguntaban por qué, qué estaría pasando...

Se enteraron al cabo de muy pocos días, ya que en el castillo se percibía cierto movimiento. Los sirvientes habituales todavía no habían recibido noticia alguna de que se presentaran a sus puestos de trabajo, pero aquel susurro los llenó de esperanza. La confianza en la restauración de la normalidad se notaba en que los vecinos dejaban las puertas de sus casas abiertas y, cuando el sol apartaba de sí las nubes, la lluvia o la nieve, se veía a algunos de ellos sacar las sillas a la entrada. Un atisbo de vida los conectaba a la alegría de lo cotidiano. Ellos no sabían oficialmente nada, solo que el castillo abría sus puertas, y esa pulsión era suficiente.

El primer domingo de ese síntoma acudió a la iglesia mucha más gente que en todos los anteriores. Había sonrisas en algunos rostros, y algunas prendas de colores vivos destacaban sobre el tono oscuro general de sus ropas. Se oyó un murmullo. Los fieles se apartaron hacia los lados y el conde fue directo hacia el reclinatorio en el que lucían sus iniciales grabadas. Oyeron la misa con devoción y, al terminar, el conde se dirigió al sacerdote. Le dijo algo al oído y el sacerdote asintió. En medio del altar mayor, el conde se paró, miró a los fieles y enseguida se hizo el silencio. Empezó:

—Querido pueblo, queridos vecinos: la guerra ha terminado. Ahora, ya, definitivamente. Año de gracia de 1918. Gracias al ejército polaco, a todos nuestros hermanos, se ha recuperado el Estado polaco. La república ha sido reinstaurada. La segunda república.

Silencio absoluto. El conde hizo una pausa. Se recogió el sonido de alguna tos. Los llantos disimulados dejaban su pequeño rastro.

—Hemos perdido a un millón y medio de compatriotas, polacos valerosos que jamás debemos olvidar porque a ellos se lo debemos todo. Nos queda, no obstante, recuperar todo nuestro territorio. No aceptaremos los desmembramientos feroces a los que hemos estado sometidos durante siglos. Pero ahora, queridos convecinos, a disfrutar de la calma. A trabajar y a olvidar. —Y añadió—: También ha llegado la paz a toda Europa. Espero que la Gran Guerra haya sido la primera y la última de esta atroz envergadura. Que Dios no vuelva a permitirlo. De eso también nos felicitamos. —Fue la frase con la que cerró el acto.

Antes de bajar del estrado les dijo a todos que las Navidades de ese año serían las más ricas, bellas y fervorosas de todos los tiempos, que él organizaría junto al párroco una fiesta en honor de la virgen patrona de Polonia, la que había salvado a la patria, Nuestra Señora de Czestochowa, remarcó el conde, y en honor de todo el pueblo que había luchado o resistido. Que después de la misa y de la ofrenda a la virgen, las mesas de la plaza rebosarían de comida, y la música no dejaría de sonar hasta que todo el pueblo cayera rendido de emoción. Todo lo merecían las buenas gentes de Moratín y sus aldeas más próximas. Faltaban ocho días para la Navidad. Blonsi, con diez años recién cumplidos, recordaba perfectamente ese día. El conde les propuso una comida polaca para celebrarlo: piezas de sus parques y cotos que los hombres cazarían, vino y sopa de sangre de pato cuajada, acompañada de leche ácida. No se podía celebrar mejor aquel acontecimiento. Vaticinaban que jamás se produciría otra situación de guerra semejante. La gente, exultante, no paraba de reír y de murmurar. Una compensación inocente después de haber pasado tantas penas. Aseguraban que aquel año se daría la mejor cosecha de todos los tiempos.

Sus padres hablaban poco de lo ocurrido, como si lo hubieran desterrado al cuarto de la casa que nunca se

abría. Ahora les atemorizaba el desarrollo de un presente que había alterado el mapa del país una vez más, decían, y que había que recuperar. Les inquietaba ese momento tan frágil. Esperaban, como siempre, que el conde ayudara en la estabilidad para que todo se asentara pronto y poder al fin respirar tranquilos. Pero una pequeña alarma le sonaba a Anatol, que temía que la situación actual pusiera en peligro al señor conde.

Meditó unos momentos. Había oído hablar de la familia del conde toda su vida, de sus antecesores, de lo importantes que fueron para Galitzia en determinados momentos, y no conocía abusos ni crímenes. Si acaso, solo entre ellos. Sí, se hablaba en voz baja de la historia de un salvaje que vivía en el castillo, que se había apoderado de varias mujeres de la comarca y las había preñado a todas. No se supo nunca adónde habían ido a parar los hijos de esas mujeres, pero eso venía de tan antiguo que ni siquiera sabían el siglo y tampoco si pertenecía a la leyenda o a una realidad deformada y agrandada por las fantasías de la gente. Incluso aseguraban que en los castillos de todo el mundo vivía el mismo fantasma violador y asesino.

El día de la celebración Anatol alejó de sí las dudas y enjugó lágrimas de alegría. Abrazó por los hombros a su hija y a su mujer, las besó y les dijo y se dijo que lo que necesitaban todos en aquel momento era disfrutar de la fiesta y olvidar.

Lo que realmente percibió Blonsi es que había muchas mujeres y muchos niños y muy pocos hombres en aquel banquete al que acudieron todos los supervivientes.

También se echaba mucho de menos a los jóvenes, casi niños, que habían desaparecido.

Notó la ausencia de Óscar. El de las manos deformadas por los sabañones. El que le sacaba la punta a su lápiz con una navaja tan afilada que se admiraba de su maestría al manejarla; nunca se le rompía la mina y nunca se cortaba.